



Núm. 712.

## EL TOQUE DE ORACIÓN

NOVELA POR

**Juan López Núñez**

20 Cts.

85



Se alimenta a un enfermo  
con leche pura;  
se embellece a una niña  
con PECA CURA.

No se os olvide;  
pues teniendo esto en cuenta,  
feliz se vive.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;  
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Coloula,  
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.  
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco.

#### ULTIMAS CREACIONES

#### PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-  
mirable, Manantial, Chipre, Rocio Flor, Rosa,  
Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-  
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarríá). Barcelona

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los  
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-  
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,  
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,  
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-  
rativa, de resultados sorprendentes, que una  
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-  
nalmente, así como numerosos enfermos, des-  
pués de usar en vano todos los medicamentos  
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno  
y como deber de conciencia, hace esta indi-  
cación, cuyo propósito puramente humani-  
tario, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-  
se únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> CARMEN T.  
GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

### FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES  
GÉNEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo

OBRA DE AVGUSTO  
MARTINEZ-OLMEDILLA



*Requiere autorización*

LADY

HAMILTON

NOVELA ANECDÓTICA  
EN CINCO EPISODIOS

Precio: 4 ptas.

De venta en todas las librerías.

## ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables trata-  
mientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los **POLVOS**  
**DEL DR. JULIUS MERC.** Os curaréis radicalmente. Recétanlo em-  
briencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, MADRID,  
Gayoso; BARCELONA, Segalá, Viuda Alsina; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-  
CIA, Cuesta; MURCIA, Selquer; MALLORCA, Centre Farmacéutico. Prin-  
cipales farmacias y Centros de Específicos de España y América. Para com-  
pencimiento éste remite muestra gratis, Ponsarxer, Apartado 481, Barcelona.

Frasco certificado, siete pesetas.

12-14885-A

14885

## EL TOQUE DE ORACIÓN



*A mi dulce, buena y querida Mary.*

I

Al pie de la sierra, en el fondo de un alegre valle fertilizado por las aguas que de la vecina montaña bajan como una bendición, elevase el pintoresco pueblecito de Almenara, ignorado rincón, perdido en la hermosa tierra norteña, lejos de turistas y curiosos visitantes. Nada habla allí de la vida pomposa y falsa. Las olas del mundo parecen estrellarse con un rumor apagado y sordo en aquella verdadera playa de la vida, hermoso lugar oculto a los ojos de todos, y perteneciente a esa geografía espiritual, desconocida para muchos, y que no se estudia en ninguna parte.

De reducida población, son allí las costumbres apacibles y patriarcales. Y aunque algunas veces estalla el drama en su recinto, es el drama, fuer-

temente humano, que sorprende por su grandeza y sobrecoge por su majestad.

¡Bienaventuradas las almas forjadas en aquel lugar maravilloso y hospitalario!...

Cuando esta historia principia corre el verano, que llega a su fin. La proximidad del otoño se anuncia, porque los más añosos y corpulentos árboles empiezan a perder sus hojas, que caen, con un rumor triste y melancólico, que es como una queja.

Coincidiendo con la proximidad de dicha estación del año, algunas familias que de la vecina ciudad llegaron, apréstanse a dejar el lugar apacible y bienhechor que tonificó sus cuerpos y fortaleció sus almas.

Las jiras cotidianas ya no tienen

aquella alegría pasada, las excursiones a la montaña van perdiendo su regocijada fisonomía. Va llegando la ocasión de separarse los que se reunieron para distraerse, y las ausencias que interrumpen amistades improvisadas son siempre crueles y dolorosas.

¡Pero cualquiera le habla de ausencias a la encantadora Berta, que, flor de la sierra, abre su corazón a la ternura y la felicidad, al conjuro del único talismán de las almas jóvenes: el amor...!

Para nosotros, los doloridos y desengañados, el amor es un sentimiento pueril y hasta ridículo. Contemplando las escenas de la vida desde la cumbre de nuestras tristezas, consideramos todas las cosas con la indiferencia de nuestro escepticismo. Pero no dudemos, no. El amor existe, pese a nuestros pesimismo y dudas; el amor es una realidad que anima al hombre, purifica a la mujer y sirve de espíritu a este mundo, que, sin él sería una cosa aborrecible y abominable.

Calculad, pues, cuál sería el que despertó en el corazón de Berta, que, criada en aquel apartado pueblo, en la ignorancia más absoluta y en la más dulce virginidad del alma, oyó cómo un celestial murmullo las primeras frases de cariño que escuchaba...

Pero antes de seguir más adelante, demos al lector una pequeña idea de la noble Berta, que ha de ser la protagonista de esta novela.

Berta era huérfana de padre y madre y apenas tendría diez y ocho años. En plena infancia perdió a sus pa-

dres y tuvo que cuidarse a sí misma y atender a su hermanito más pequeño, para el que fué madre, compañera, maestra y hermana. Pero el corazón de Berta, formado para la abnegación y el deber no retrocedió ante ningún obstáculo. Fortalecida por la desgracia hizose superior a sí misma y echando sobre la débil fortaleza de su alma, el peso de aquella obligación que voluntariamente contraía, cerrados sus infantiles y divinos ojos lanzóse a la pelea, nueva heroína de una conmovedora novela.

Hay corazones a quienes la tragedia anima y el dolor hace invencibles; corazones animosos y admirables, para quienes la fatalidad es una palabra sin sentido y el destino algo que no existe. Son aquellos corazones templados en la virtud, y a los que la honradez comunica la inquebrantable energía de la bondad, corazones que mientras el vicio no les hiera se conservarán firmes y dignos, fortalecidos por la justicia y por la verdad. Mas ¡ay si el desengaño les quebranta, o la injusticia les sorprende, o el perjurio les emponzoña! Caídos en plena batalla, serán como aquellas hojas secas, a quienes el viento arrebatara en ráfagas polvorientas...

¡Pobre Berta!... "Bella y más pura que el azul del cielo", que diría el poeta; era rubia, blanca, buena, apasionada y sentimental. En los momentos en que el trabajo la dejaba libre, dedicábase a leer, cuando tenía libros, o, a meditar sobre sus lecturas, cuando no ponía la casualidad en sus manos, alguna obra de entretenida distracción ideológica.

Llegada la tarde, emprendía su solitario paseo, llevando su libro favorito para devorarlo, debajo de un añoso tilo, cerca de las ruinas de una vieja ermita.

¡Hermoso en verdad era el sitio predilecto de la noble Berta!

Desde él se contemplaba el pueblo dominado por la arcaica Iglesia, cuya torre sobresalía, como una afirmación suprema, yendo hacia arriba, como todos los anhelos santos y los nobles estímulos y deseos. De aquella torre llegábala todas las tardes la voz de bronce de la campana que tocando a oración, llamábala a ella a su remoto hogar adonde tornaba fortalecida y emocionada sin saber por qué, oyendo el toque de Angelus, el toque de oración que en su existencia había de tener tan dolorosa y trágica importancia. ¡Qué dulce y acariciador es el toque de las campanas familiares, cuyos sonidos nos son tan gratos y pla-

centeros como el eco de las voces más queridas y estimadas! Nos hablan de nuestro pasado y nuestro presente y a veces nos hacen vislumbrar el porvenir. Son las mismas que sonaron en el acto de nuestro bautismo, y, las que desearíamos que tocasen en la hora de nuestra muerte. Son las que nos despiden cuando nos vamos y las que nos reciben cuando a nuestros hogares tornamos, y son la primera voz amiga y halagüeña que oímos... ¡Campanas de nuestros pueblos, de nuestras aldeas, de nuestras ciudades!... ¡Ninguna como vosotras, que, siendo tan humildes, sonáis a plata; ninguna como vosotras, que, perteneciendo a miserables Iglesias, sonáis como si fuérais de opulentas y magníficas Catedrales; ninguna como vosotras, que sois como el alma de nuestras madres, de quienes al sonar parecéis hablarlos; ninguna como vosotras, ninguna!...

## II

Hay en la vida de los humildes, páginas heroicas de una sencillez admirable y grande. Justifican toda una existencia, y, son aquellas que tarde o nunca olvidamos. Constituyen algo divino dentro de nuestra vulgar historia, y nos realzan y purifican ante nuestros mismos ojos.

Esto le sucedió a Berta. Era muy niña cuando se murieron sus viejos y bondadosos padres que pertenecían a

esa aristocracia rural que linda con la miseria. El padre había sido médico; pero abandonó su profesión a los pocos años para dedicarse a la vida agrícola. El trato con los escasos enfermos del lugar le distraía menos que el cultivo de aquellos campos feraces y agradecidos. El, que llevaba en el corazón un sueño de paz y que a duras penas avinose a estudiar en la Universidad de Santiago de Compos-

tela; así que fué padre y tuvo familia dedicóse con infantil egoísmo a vivir para los suyos, convencido como se hallaba, de que la ciencia de Hipócrates no le tendría nunca como apóstol.

Sencilla y pobremente vivió y cuando le llegó el momento de rendir el tributo de su existencia, hizolo con la serenidad de los justos; pero dejando a los suyos la pobreza por todo patrimonio. Afortunadamente no tardó en seguirle la esposa, que desde la pérdida de su marido vivía casi artificialmente, y, quedaron los hijos en tristesísima orfandad.

Eran dos: Berta y Edmundo. Berta, a la que ya conocemos, tenía dos años más que el mozalbete, cuya vida desarrollábase al calor del cariño de la pobre Berta, que en el chico había puesto su corazón abnegado y misericordioso. ¡Con cuánto amor cuidó al hermano infeliz que en plena infancia veíase privado de la sombra paternal y protectora, y no tenía más consuelo que el afecto de su hermanita, mujer antes de tiempo y heroína de una de esas novelas que inspira Dios!

De todas maneras, el ejemplo de aquella niña era de los que nos reconcilian con la Humanidad donde es más frecuente la virtud que el vicio, pese a nuestros pesimismo. Señorita de pueblo, tuvo la fuerza de voluntad suficiente para ir a solicitar trabajo como una menesterosa. Y como en las patriarcales costumbres de Almenara no se conocían las malas pasiones ni la indiferencia, todos tuvieron a gala interesarse por los huérfanos, de cuyo sostenimiento se encargó el

Cabildo, haciendo que a sus expensas educase a Edmundo el viejo párroco de Almenara, noble y santo sacerdote de quien nos ocuparemos más adelante.

Así fué que amparados los dos huérfanos, cuando más desvalidos se hallaban, comieron el pan de la verdadera caridad cristiana, que es pan que se da sin jactancia ni propósitos de humillación.

Aunque la casa en que habitaban no era de su propiedad, en ella siguieron sin que nadie les recordase el deber de pagar su inquilinato. Era conocida por todos con el nombre de la *Casa de los rapaces* y nadie sabía por qué. Así le plugo calificarla a cualquiera y todos aceptaron aquella denominación que tan elocuentemente expresaba la significación de sus moradores: rapaces, pobres rapaces, vigorizados por el dolor, padre de todo espíritu grande y de toda empresa noble y elevada.

No porque recibieran aquella constante ayuda, rendíase Berta a la holganza. Antes al contrario: alentada con el ejemplo de todos sus favorecedores, trabajaba sin descanso. Cosía y bordaba para las casas más ricas, que la encargaban toda clase de labores y, con el importe de sus tareas, iba formando un pequeño capital que dedicaba a costear la carrera de Edmundo que, entonces, entregado al estudio del latín, no había pensado aún en la que había de seguir.

Berta deseaba que estudiase para sacerdote.

Mujer al fin y mujer sencilla, creía que aquella carrera era la única que debía estudiar su hermano; pero no

se atrevió nunca a decírselo a Edmundo por no ejercer coacción sobre el muchacho, en cuyo corazón no se habían dibujado aún las pasiones ni la aptitud. Era bueno, aplicado, juicioso, obediente y cariñoso con su hermana. Antes que darle un disgusto hubiese preferido morir. Por estas mismas razones, Berta no quiso expresar sus pensamientos, temerosa de influir en el ánimo de su hermano y obligarle a un sacrificio...

Tendría Berta unos quince años cuando en su vida sencilla ocurrió una aventura trivial; pero que tuvo en su existencia una gran importancia, porque le proporcionó un amigo, al suministrarla un perro que fué para Berta el amigo más fiel y noble.

Fué cierto día estival y sofocante cuando acaeció la aventura. Había salido Berta a dar su acostumbrado paseo cuando vió en la carretera un perro mal herido. Tratábase de un magnífico San Bernardo que, perdido sin duda alguna, había sido atropellado por un automóvil de insensatos y crueles veraneantes, que así daban idea de lo inconsciente y brutal de sus diversiones, ya que habían atropellado y casi muerto al único animal que estando cerca del hombre es lo suficientemente bondadoso para no parecerse a él, a quien supera a todas horas.

Yacía el animal tirado en un montón de piedras, secas las fauces y con los ojos vidriosos y húmedos, implorando auxilio. Sin fuerzas ya para lamentarse, había acallado sus gemidos y acaso esperaba la hora de morir sin lanzar un reproche ni una queja.

Al ver a Berta abrió sus hermosos y pardos ojos y los clavó en la niña con muda y enternecedora súplica. Y no sé lo que vería en la muchacha que, lanzando un pequeño gemido, quiso arrastrarse hasta ella. Habíanse adivinado sus corazones leales, y, comprendido sus almas, que allí en las regiones ideales, donde cupieron las fantasías de Descartes, acaso se acariciarán...

Sin vacilar, corrió Berta hacia el hermoso animal y, después de apreciar la importancia de sus heridas, con su mismo pañuelo curó al perro. Luego, comprendiendo que el animalito tendría sed, fué por agua a la vecina fuente, transportando el precioso líquido en los restos de un viejo cántaro. Así mitigó la sed del pobre perro. Después quiso conducirlo a su casa, pero vió con dolor que no podía. Demasiado débil para cargar con el corpulento animal, tuvo un instante de perplejidad, pero la Providencia, que a veces protege a los animales más que a los hombres, hizo que pasase por allí un carretero que iba para el pueblo. A él recurrió Berta y entre ambos condujeron al animal, que de esta forma tuvo ama, y, huérfano y desvalido también, fué amparado y acogido por una huérfana, por una pobre...

Esa es la vida; sólo los huérfanos, los desgraciados y los pobres suelen ser justos y caritativos.

Quando, curado el animalito, formaba ya parte de la familia, planteóse el problema de imponerle un nombre. Para los que no han tenido perros, parece que es una cuestión sencilla im-

\*

poner un nombre a esos abnegados compañeros que nos da la Naturaleza, y, sin embargo, nada tan complicado.

Reunidos los dos hermanos hablaban en alta voz barajando absurdos calificativos. Y el perro, que los escuchaba y al parecer los comprendía, con las orejas estiradas, todo atento y lleno de inteligencia ponía tanto interés en aquellas discusiones, que a veces pensaban los hermanos que iba a intervenir en ellas.

Pero el nombre no se encontraba. Unos por demasiado sencillos, otros por exagerados, algunos por extravagantes, varios por vulgares, los más por corrientes, los menos por incomprendibles... todos se iban descartando con la misma facilidad con que se pensaban.

No se hallaba nombre alguno para el animal. ¡Cosa más absurda! Pero no había más remedio... La costumbre es la costumbre y hay que rendir culto a ella.

En periódicos y revistas hallados Dios sabe cómo; en libros y papeles, buscaban los hermanos lo apetecido... "Bienvenido", "Noble", "Raffles", "Lucero", "León"... éstos y otros más fueron barajados incansablemente; pero por ninguno se decidían.

Al fin resplandeció el espíritu de Berta que, impresionada por la lectura de una tragedia inmortal, llamó *Edipo* al pobre perro. Y *Edipo* se llamó, y *Edipo* fué y por *Edipo* lo conocieron todos los chicos del lugar, que eran grandes amigos del perro que se dejaba martirizar con paciencia con tal de satisfacer los caprichos de la gente menuda de Almenara.

Nunca olvidó *Edipo* el gran favor que debía a Berta, a quien era deudor de la existencia. Agradecido a las bondades de la chica, pagábale con las ternezas de su corazón leal. Nunca se apartaba de ella, a quien seguía a todas partes. Eran fraternales camaradas e inseparables compañeros. Algunas veces, cuando la pesadumbre de sus pensamientos abrumaba a la pobre huérfana, dirigía la palabra al perro que, poniendo toda su inteligencia en sus hermosos y rasgados ojos, parecía que iba a responder y le respondía seguramente. Porque allí, en aquellos ojos tan serenos y tan limpios, Berta adivinaba una contestación desoladora unas veces, otras halagüeña, a veces triste, en ocasiones alegre...

¡Y lo que aquellos ojos le decían, era tan profundo; tenía una significación tan elocuente! Hablábanle de las ciudades remotas donde reinaban la miseria, el deshonor y la infamia... Contábanle episodios crueles y conmovedores. Hablábanle de niñas buenas, de niñas pálidas, cándidas ovejas devoradas por los lobos civilizados.

¡Y había allí en las populosas urbes, lobos tan voraces!... Él se lo decía; él que había luchado en las sierras con los lobos salvajes y habíase sobrecogido de espanto al ver los urbanos, los que habían hecho leyes y creado naciones, civilización y cultura y hasta una moral. Porque los lobos de allí abajo tenían una moral; no lo sabía Berta? una moral...

El perro tenía razón. Una voz íntima y casi sobrenatural decíasele a Berta que lo creía y, llena de sobresalto, temblaba sin saber por qué.

### III

Por aquellos entonces llegó a Almenara un fugitivo que iba al humilde lugar en busca de la perdida salud. Náufrago infeliz, el mar de la vida lo arrojaba a la playa de aquel ignorado pueblo. Triste en verdad había sido la historia de aquel muchacho, víctima de sus pasiones. Llamábase Alberto y era artista. En plena juventud y en pleno triunfo había contraído en Madrid una de esas relaciones indignas que siempre terminan dolorosamente cuando en ellas se compromete el corazón, como le había sucedido a Alberto, que desde entonces vió malograda su existencia y perdida su energía. Porque él, que siempre había vivido para su arte, ambicioso y trabajador, cayó en las negruras de la pereza y no hizo más que ser esclavo de aquella muñeca, viciosa y corrompida, que le tuvo como esclavo.

Ella también era artista; por lo menos se llamaba así. Trabajaba en un teatracho de varietés, entregada al cultivo del género más ínfimo. Inconsciente, pero audaz; nueva *Naná*, repulsiva y cínica; tenía la fuerza de su indiferencia y el valor de su maldad para triunfar en su profesión, donde era una dorada medianía, que había sabido explotarse en el comercio de las vanidades humanas. Sus amores con un elevado personaje a quien comprometió más de lo debido, acabaron de darle cierta significación en el mun-

dillo en que se agitaba. Luego vino la *reclame*, el anuncio sugestivo, todo a costa de adoradores pródigos y vanidosos, y erigida en reina de *cabarets* y tablados, vivía la mujer, cuya necesidad sintióse satisfecha con el vano halago de las pompas adquiridas a expensas de su dignidad, si es que la había tenido alguna vez.

En manos de una mujer así, puso Alberto insensatamente su corazón. Y la quiso con toda la vehemencia de su temperamento exaltado y meridional. Pero ¡cuán hostiles eran aquellas dos almas que tenían que luchar constantemente por antagonismos de educación y moral! Recto y honrado el hombre, perversa la mujer; serio, reflexivo, verdadero artista. Alberto; caricatura de lo mismo ella, pronto chocaron y en lucha de sexos convirtieron aquel cariño, que no tuvo más eficacia que la de enloquecer al pobre Alberto, que perdió el juicio por aquella mujer aviesa.

Destrozada su existencia, nada le importó más que dominar aquella voluntad rebelde, forjada en la indomesticidad del vicio. Pero colocados en planos distintos, no podían comprenderse nunca. Ella había sido de él por abandono, por la fascinación que en su alma primitiva ejercía el nombre de Alberto que, en los principios entonces de lo que luego había de ser gloriosa carrera artística, llamaba la

atención general con sus primeras obras escultóricas. ¿A qué exigirla más?...

Alberto, en cambio, habíase entregado al cariño aquel con todo su corazón. Por eso fué tan grande su dolor al encontrar aquella hostilidad inesperada en la mujer de quien él hiciera un ídolo.

A las cóleras salvajes de los primeros instantes sucedió una extraña e incomprensible reciprocidad con las locuras de ella, que, desenvuelta y desocada, no quería abandonar el escaparate de sus glorias, donde en venta se ofrecía a los voraces y caprichosos. Para ella la vida era una feria constante, donde todo tenía un valor y todo se cotizaba. Sentíase orgullosa de su juventud, porque la juventud bien administrada es un tesoro en el mundo de las maldades que ella conocía... ¡Desventurada mujer que llevaba seco el corazón para la virtud y el bien, y que era el producto infame de una civilización absurda!...

Sus relaciones con Alberto fueron ruidosas. A ella sirviéronla de mucho, porque atrajo, una vez más, sobre su nombre la atención de todos. No era poco haber enloquecido a un hombre de talento... Así adquiriría más cartel...

¿Qué diferencia existe entre la verdadera artista de corazón noble y abnegada, sentimental y admirable, y las que así se llaman por sugestión o jactancia! Sacerdotisas unas, mercaderes otras; corazones sensibles los de las primeras, sepulcros blanqueados los de las segundas, sepáranles abismos de temperamento, ternura y sensibilidad. Unas aman el silencio, el recogimiento,

la quietud, la dulce inspiración, la vida callada y humilde; las otras, el escándalo, el tumulto, el vértigo de sus vidas arrastradas por el destino...

Mujeres bienhechoras las primeras, derraman el consuelo del verdadero arte. En cambio las segundas son las mujeres fatales que sirven de elementos al Destino para llenar de lágrimas muchos corazones.

Aquella aventura fué trágica para Alberto. Desconcertó su vida que no tenía más objeto que el de adorar a la mujer ingrata. Por ella abandonó todo. Y rindiéndola el tributo de su pasión, convirtiéndose en otro tan distinto de lo que hasta entonces había sido que a veces le daba miedo verse en el abismo donde había caído. Pero ya no había remedio. El Destino es superior a nosotros. ¿Para qué luchar?...

Lleno de celos y combatido por sus dolores, envejecía a ojos vistas. Y la tragedia estalló en su corazón honrado, cuando la mujer escapóse de su lado, yéndose lejos de él. En un principio pensó en morir. Pero luego se impuso la necesidad de existir, aunque no fuera más que para olvidarla. A esto dedicóse con todo su corazón. Pero sentíase débil, demasiado débil para conseguirlo. A veces, la lectura de un periódico le traía recuerdos de la adorada; otras, un retrato escandaloso publicado en cualquier revista... Era preciso olvidarla... ¿Cómo...?

Un amigo suyo, que además era el médico que le asistía, hablóle de Almenara como del sanatorio que necesitaba su alma. Allí donde el rumor

del mundo apenas llegaba, si que podía olvidar, ya que hasta aquel rincón del universo no había de llegar el clamor de las locuras de la mujer. Conocía el pueblo por referencias; pero éstas eran tan dignas de crédito, que él no vacilaba en recomendarlo al pobre Alberto, que a fines de aquel invierno dejó Madrid y encaminóse al lugar que tanto le había ponderado el buen doctor.

Los primeros días fueron de dolorosa nostalgia. Acordábase de su amor y lloraba el roto idilio como un chiquillo. Luego aquel dolor fué transformándose en melancolía acariciadora. El amor muerto se transformaba en poesía, destino obligado de todos los cariños y de todos los afectos. Y no le importaba tanto lo sucedido. Es más: a veces le agradaba pensar en aquella página de su vida que, si bien había secado en su corazón las fuentes del cariño, había abierto en su espíritu la esperanza de no volver a querer nunca. El corazón es así siempre. Su misma sensibilidad le hace temeroso. Por eso duda siempre de aquello en que más cree, y vacila siempre en entregarse al cariño, que, al fin y al cabo, es la verdadera vida suya...

Doble enfermo del corazón y del cuerpo era Alberto, que poco a poco iba convaleciendo. Auxiliares de aquella curación eran el ambiente, el lugar

y el alejamiento en que vivía. Sanatorio de su alma había sido aquel pueblo, donde sus pasiones se amortiguaban. Una dulce paz iba invadiéndole. A la indiferencia de antaño había sucedido una tranquilidad razonadora y compasiva. Ya no aborrecía a la mujer culpable de sus infortunios. La perdonaba con todo su corazón, lamentando haber hecho un ídolo de barro. El, que era escultor, sabía que las virgenes deben de ser de mármol fino y resistente, y no de deleznable arcilla... ¿A quién echar la culpa de sus desengaños, si no a su necia credulidad? Forjar ídolos con el barro del arroyo tenía aquellos inconvenientes. ¿A quién quejarse, sino a él, que, como todos, artífice de su vida, había puesto sus pecadoras manos en una obra inconsistente y frágil? Suya era la responsabilidad, porque había edificado sobre movediza arena.

A veces mandaba al pueblo inmediato a comprar revistas y periódicos, cuya lectura no le producía el espanto de otros días. Al principio le inquietaba pensar en el hallazgo probable del nombre de la mujer; pero después lo buscó solícito, y leyó con singular indiferencia las noticias que le hablaban de aquélla, que, hija del Destino, al fin, seguía su vida...

¡Amor!... Y cómo se burlaba de aquel loco sentimiento, creyendo que todo el amor del mundo era como el que había experimentado él.

Vivía Alberto en un tan absoluto alejamiento, que casi nadie reparaba en él. Sus paseos eran solitarios, y procuraba alejarse lo más posible del pueblo. Así, apartado de todo lo que pudiera mortificarle con su vecindad, formaba planes y urdía proyectos para el porvenir. De la amada ingrata ni se acordaba siquiera. Sus pasiones habíanse amortiguado hasta el punto de no perturbarle nada. Consideraba lo sucedido como una pesadilla de la que había salido como de un sueño alucinante...

Algunas veces había encontrado a Berta en sus excursiones, y ni había reparado en ella, ni le había llamado la atención tampoco. Pero poco a poco, la frecuencia de su vista fué estableciendo cierta familiaridad en su pensamiento. Veíala siempre tan sencilla, tan silenciosa, tan espiritual, en compañía del noble *Edipo*, su camarada, que, sin saber por qué, sentíase poseído de una misteriosa simpatía. Adivinaba en aquella niña un corazón bondadoso, inocente, honrado y puro. Y asociando en su pensamiento las dos imágenes, pensaba en la otra: en la miserable, en la envilecida, en la mala mujer, vampiresa de las almas... ¡Y que un ser así fuese feliz en el mundo!...

¡Qué abominación!... En cambio, aquella que él contemplaba flor de la

nieve y de la pureza, símbolo de la castidad y la honradez, quién sabe lo que sería en la vida, que, losa de los sueños, es implacable enemiga de todos los sentimientos generosos, de todas las ilusiones y de todas las idealidades de bien y redención.

Alberto filosofaba mucho, inspirado por el dulce sentimiento de su corazón herido. Y era de aquel mismo corazón doliente de donde salían todas sus ideas, que antes que ideas eran sentimientos. Un ardiente e irresistible deseo de purificar su alma se apoderaba de él. Parecía que todas sus amarguras pasadas necesitaban las aguas de un purificador y romántico Jordán. Era un enfermo espiritual, cuyas ponzoñas exigían la higiene moral más escrupulosa. Víctima de una mujer, era preciso el dulce lenitivo de otra para equilibrar aquel corazón apesadumbrado y combatido. El no pensaba esto; pero inconscientemente lo buscaba, guiado por el instinto de su propia conservación.

En cambio, Berta, que operaba aquella transformación en el ánimo de Alberto, pensaba de distinta forma. Una compasión infinita era lo que experimentaba hacia el pobre forastero, que era desgraciado porque buscaba la soledad. En su espíritu infantil, la idea de la desgracia iba tan unida a la del abandono, que no podía comprender

que en la soledad se adquiriesen todas las cualidades, incluso el carácter. Demasiado sencilla para perderse en complicadas disquisiciones, sólo piedad era lo que sentía a la vista de aquel joven, precozmente desengañado o herido. ¡Bienaventurada ella que no podía adivinar la amarga derrota de aquella alma infeliz a quien el dolor engrandecía y vigorizaba!

Reflejo de los sentimientos compasivos de su ama eran los del perro. En la afinidad que se establece entre nosotros y esos nobles animales, que son nuestra viva imagen, *Edipo* respondía a los afectos de Berta. Y acogía la presencia del forastero con un cordial saludo. En ocasiones procuraba aproximarsele, y hubo una tarde en que, emprendiendo veloz carrera, llegó a los pies de Alberto y, arrastrándose humilde y cariñosamente, pareció brindarle sumisión, ternura y servidumbre. Luego, respondiendo a la muda caricia que le hizo Alberto, posó su enorme cabeza en las piernas de él, y desde allí clavó su húmeda mirada en la de Alberto, como interrogándole. A partir de aquel instante, la alianza quedó firmada. *Edipo* la proclamó con un alegre y jubiloso ladrido y partió rápidamente a reunirse con su ama, que ya estaba inquieta por la escapatoria del *Edipo*.

Pero éste sabía lo que había hecho. Los perros saben siempre lo que hacen. En esto se distinguen de los hombres, que, por no saberlo siempre, llenan su espinoso y desagradable camino de locuras, irreflexiones y arrepentimientos.

Si los perros supieran hablar, serían los jueces más justos e infalibles. Y no digamos nada si supieran escribir y dieran a la luz pública sus memorias. Serían los historiadores más veraces y concienzudos. El sentimiento innato de honradez que les caracteriza los haría tan profundos, que sus principios serían definitivos y trascendentales. Para ellos no existen jerarquías ni clases. Quieren por querer, y lo mismo ponen su cariño en el prócer que en el mendigo. Colocados en las más excelsas regiones de la justicia, saben lo que es nuestra moral y nuestro derecho. No preguntan nada, y lo saben todo. Su exquisita inteligencia profundiza en nuestro corazón, al que conocen con una sola mirada. ¡Admirables seres que a veces hacemos víctimas de nuestras injusticias y crueldades!...

En la noble inteligencia del apacible y bondadoso *Edipo* no reinó, a partir de aquella tarde, más que una idea, que le acariciaba constantemente y en la que pensaba a todas horas. ¡Sería él tan dichoso viendo unidos a los dos seres a quienes el Destino aproximaba de tal manera!...

Si con su vida pudiera conseguirlo, con gusto la daría. ¿Quién lo dudaba?

Una tarde en que, como de costumbre, Alberto había ido a sentarse en las cercanías de donde habitualmente lo ejecutaba Berta, vió la huérfana que el forastero, después de ver con atención un periódico ilustrado, arrancaba una de sus páginas y rompíala con fiereza. Aquel acto, que revelaba el último estertor de una pasión que

moría, llenó a Berta de cierto misterioso sobresalto. Y así que vió alejarse al iracundo, sigilosamente corrió al lugar de aquella original ejecución y, cogiendo los pedazos de papel, rehizo un grabado que a ella le pareció también digno de toda condenación.

Allí estaba, cínica y triunfante, una mujer, a quien ella no conocía—la artista del pobre Alberto—, exhibiéndose con descaro sin igual. Nadie para juzgar con más exactitud a las mujeres que ellas mismas. Así fué que en seguida hizolo Berta con la que había llenado la existencia de Alberto de tristezas y dolores...

Era verdaderamente hermoso, por el contraste, aquella muestra de dos mujeres distintas: de la mujer fatal y envilecida y la mujer honrada, cuyas ternuras son la redención del hombre. Al principio sintió piedad ante aquella insensible fotografía, retrato de una mujer frívola y superficial, llena de afeites y de cintajos, todo artificio, inconsciencia y maldad; pero después fué un gran desprecio el que experimentó. La feria de la vida mostrábasele con su loca y repugnante vanidad. ¡Ser mujer para aquello!... Llamarse mujer y ser así!... ¡Qué horrible sarcasmo... ver aquellos ojos picarescos, lujuriosos y maléficos, contemplar aquel rostro de virgen, puesto por el demonio del vicio, en una mujer sin alma, y no poder retirarlo de su vista!... ¿Qué idea tendría de la vida una mujer como aquella! Ella lo sabía. Su instinto se lo decía. Seguramente sería un ser, depravado e insensible, que pasaba por el mundo como un objeto de explotación; algo así como un ca-

ballo, como un mueble; una cosa... nada... ¡Y qué ideales había en aquella cabecita rizada, propia de una mujer artificial! No había que buscar allí conceptos de honradez, ni de bondad; todo había de ser mentira debajo de aquella gran mentira de los afeites y de los aliños. Un sepulcro blanqueado... ¡Qué bien lo había dicho Cristo! Sepulcro blanqueado... Seguramente la maternidad constituiría para aquella una gravísima complicación, ya que destruiría su cuerpo y deformaría las líneas de aquella escultura carnal. ¡Y de seres así prendábanse los hombres! Y así triunfaban en el mundo, cuando precisamente tenían que ser eliminadas de él, como manzanas podridas que infeccionan el ambiente...

Tenía celos, unos celos retrospectivos y melancólicos. Una sombra de despecho cruzó por su pensamiento; pero en seguida se disipó al verse por dentro y reconocerse digna y fuerte, mujer, toda mujer, frente a aquella estampa, que era la de otra: estampas de estampas; de estampas que andan por ahí y mueren en la abyección y el abandono, cuando no en el lugar donde van a parar todos esos papeles que se rompen y se arrojan a la calle: en el cieno, en el fango, en la miseria.

Y sus celos se ahuyentaron y su triste cólera se apaciguó y volvió la paz a reinar en aquel corazón sencillito de mujer honrada...

No podía extrañar a nadie, ni a ella misma, la familiaridad que se establecía entre ambos. El forastero llegó una tarde a su lado, y después de saludarla, con el pretexto de acariciar al pe-

rro sentóse junto a ella. Y una conversación trivial empezó entonces, conversación que poco a poco fué ahondando la curiosidad.

Expresábase Alberto con dolorido y elevado sentimentalismo. Sus frases eran inspiradas y sentidas. Tenía la elocuencia persuasiva propia de un gran sentimiento. Y sin saber por qué ella se conmovía hasta lo más profundo de su ser. Oyéndole acudían las lágrimas a sus ojos; pero antes de llegar a ellos quedaban en la garganta y

parecía que iban a ahogarla. Él, sorprendido por aquella emoción, sentíase dichoso. Y complaciase en hacer depositario de sus dolores al corazón amigo y compasivo que con tanta cordialidad acogía sus confidencias... Luego fijóse en ella. Era tan bonita... Tan buena... Tan sencilla... Abandonaba sus manos entre las suyas con tal ternura y tanta confianza... Un principio de amor floreció en su alma; dulce flor de invierno que crecía en la nieve de sus desengaños...

## V

Se amaron insensiblemente, sin darse cuenta apenas de su pasión; pero se quisieron tanto, que era cosa maravillosa verlos siempre juntos, unidos por los dulces vínculos de un cariño sin ejemplo.

Alberto era tan feliz por vez primera en su vida, que daba gracias a la casualidad que así le proporcionaba la ocasión de redimir sus pasados desaciertos e inquietudes con aquella noble, acérrada y purificadora ternura. El amor bueno llegaba a su corazón como una ráfaga de alegría que lo tonificaba, engrandeciéndolo y salvándolo de sus antiguas violencias.

Berta vivía, porque vida era y solamente vida aquella dulce idealidad en que se agitaba.

Una cosa, sin embargo, había en aquella página de amor que producía dolorosos pensamientos al pobre amante: la salud de Berta, que no era todo

lo excelente que deseaba Alberto, que a veces temblaba viéndola enfermiza, débil y como predestinada a una muerte prematura.

Claro está que sus temores y prevenciones duraban un momento; pero eran lo suficiente para llenarlo de sobresalto y contrariedades.

Luego les desechaba, pero volvían con inquietante y doloroso *ritornello*.

¡Si Dios fuera tan injusto que le hiciera ver la felicidad, para arrebatársela inmediatamente...!

Ciego y dolorido, llegaba a la blasfemia de suponerse una Divinidad cruel y complacida en sembrar el infortunio y el espanto. Era que ignoraba que en nuestra existencia la felicidad es una palabra sin ningún sentido, y en nuestra naturaleza la idea de la dicha siempre en compañía de la de la muerte...

Una tarde que Berta, dolorida y enferma, no pudo salir, a causa de una crisis que había puesto en peligro su vida; una tarde de aquellas tan pavorosas de la montaña — nieve y huracán—dirigióse solitario a las afueras del pueblo, encaminándose por sendas extraviadas, que respondían al extravío de su pensamiento.

Pensativo y desorientado, caminaba

a la ventura, cuando vió cerca de sí a una especie de individuo vestido de pieles y de aspecto completamente salvaje.

Era Pedro Antón, cazador de lobos, popularísimo en toda la comarca, hombre montaraz y rústico, noble y sencillo, que vivía para la lucha, como los seres primitivos, habitantes de las cavernas.

## VI

—Dios le guarde — dijo Pedro Antón.

—Salud—contestó el taciturno caminante.

—¿Cómo está la niña?

—¿Pero es que sabe usted...?

—Yo lo sé todo y lo veo todo. Por algo vivo aquí, entre montañas, y tan arriba como me ordena mi orgullo.

—Ya, ya.

—¡Pobre Berta! ¿No?

—¿La compadece?

—La estimo, y esto en mí siempre es un principio de compasión.

—¡Es tan buena!

—¡Como que su reino no es de este mundo!

—¿Usted lo cree?

—Lo afirmo.

—Pedro Antón: siempre lo he considerado un ser extraordinario y me ha parecido un hombre de vida interesante, por lo sencilla. La familiaridad con que me habla, lejos de molestarte, me halaga tanto, que no vacilo en hacerle confidente de mis temores y mis tristezas.

—Y hace usted muy bien, porque nada hay que no sepa Pedro Antón y que no pueda explicarse.

—¡Pobre Berta!

—¡Pobre de todos los que nacen y viven conducidos a su destino de esclavos!

—Pero ella...

—Como todos. En un principio yo les acechaba a ustedes. Cazador de lobos, yo me creí que usted era otro que venía de la remota ciudad en busca de la más noble cordera de estas montañas: de la dulce huérfana a la que yo me propuse defender a todo trance. Le juro a usted que a la menor falta que hubiera usted cometido yo le hubiera matado a usted con la misma sangre fría y la misma tranquilidad con que extermino a las alimañas feroces con cuya destrucción me complazco; pero no fué así... He visto sus intenciones, comprendí sus sentimientos, y ahora que lo veo sufrir, adivino que es usted un buen hombre, digno de mi estimación.

—Gracias, Pedro Antón.

—Usted quizás se extrañe de que yo le ofrezca mi amistad; pero todos saben que el afecto de Pedro Antón es tan sincero y tan verdad, que el que lo posee ya puede estar tranquilo y seguro de que en mí tiene un aliado incondicional para todo lo que sea justo, bondadoso y elevado.

—Así lo creo.

—Y así deben creerlo todos los que a veces huyen de mí por esta fama siniebra que me adjudican. Berta, no. Su pobre amada de usted siempre me ha mirado bien. Ha sido la única que al verme no esquivó mi presencia como la de un enemigo. Por esto yo me hice el propósito de ser para ella una especie de providencia, dispuesto a intervenir en su defensa cuando fuese necesario. Hasta ahora no ha sido posible. ¡Más vale así!

—Deme usted la mano, Pedro Antón.

—Aquí la tiene. Estréchela como la de un amigo de corazón.

—Y así lo hago: con toda mi efusión y toda mi confianza.

—¿Cree usted que nuestro encuentro esta tarde ha sido fortuito?

—Sí.

—Pues no, señor. Yo lo he buscado; pues deseaba preguntarle a usted por la salud de la niña, de la noble y adorable Berta, y al mismo tiempo..., al mismo tiempo..

—¿Qué?

—Es necesario que hablemos seria y francamente.

—¿Nosotros?

—Sí.

—¿De qué?

—De muchas cosas; pero sobre todo de sus relaciones y los propósitos que abriga usted.

—¿Mis propósitos?

—Y sus pensamientos respecto a la bella y encantadora muchacha, cuyo amor ha despertado usted, haciéndose dueño de ese corazón apacible y bondadoso, cuya ternura es el tesoro que usted debe defender.

—Lo comprendo, Pedro Antón. Usted quiere saber...

—No... Quiero que usted cumpla como caballero y haga feliz a esa niña.

—Y hará usted bien en quererlo, porque mis deseos son los de unirle a ella.

—Así esperaba yo que me contestara usted.

—Pues ya lo sabe.

—Usted perdone mi violenta intervención en sus relaciones; pero es que cumplo con mi deber. Yo debo la vida al padre de Berta, y al quedarse huérfana la pobre muchacha yo me hice el juramento de ser para ella la sombra protectora que siempre la cubriese y acompañase.

—Con esas palabras se hace usted más digno de mi gratitud.

—Desconoce usted mi historia, e ignora, por consiguiente, lo que yo le debo a la familia de su desdichada novia.

—¡Su historia, Pedro Antón...!

—Escuche usted...



—Yo no soy de esta comarca—dijo el cazador de lobos—; oriundo de las montañas leonesas, estudié, cuando muchacho, para sacerdote; pero nacido para otra vida, me escapé del Seminario, dedicándome al inocente merodeo, propio de una existencia libre de todo prejuicio y de toda ley. Me hice cazador furtivo, echando de menos una vida más intensa de guerrillero o contrabandista. Así viví unos años, hasta que, perseguido por mi profesión, me vi complicado en multitud de aventuras, más o menos novelescas, pero que ahora no son del caso explicar. Declarado prófugo al mismo tiempo, por no haber acudido a cumplir mis servicios militares, me convertí en peligroso delincuente para los hombres de justicia, que me acorralaban como a una fiera por medio de edictos, exhortos, requisitorias y demás entretenimientos. Aquello, después de todo, justificaba mi vida, que tuvo un doble objeto: el de acometer y el de defenderme. Así las cosas, cada vez más en peligro, vine a estas montañas, donde no tardaron en darme alcance mis perseguidores que me tiroteaban con la misma frecuencia con que yo tiroteo a los lobos. ¡Cosas de la vida!... Todos somos cazadores en este mundo de montería donde tenemos que vivir constantemente en acecho. Y un día caí, como era na-

tural. Herido en el pecho me vi muerto viéndome entregado, aunque tuve energías para llegar a Almenara sigilosamente en plena y medrosa noche y pedí auxilio al médico, que era, como usted sabrá, el padre de la hermosa Berta.

—Comprendo, comprendo.

—El buen señor, que era un hombre afable, misericordioso y caritativo, ya me conocía de oídas. Y lejos de delatarme, me curó piadosamente y me guardó en su casa mientras duró mi dolencia, salvando mi vida y salvando mi alma de la desesperación que empezaba a apoderarse de ella.

—¿Y luego?...

—Transcurrido el tiempo, volví a mis andanzas y malandanzas; pero ya habían llegado dos o tres indultos que me ponían a cubierto de tales persecuciones. Entonces, más libre que nunca, seguí mi vida que no era mía, sino de mi protector... ¿Comprende usted ahora el fervor que yo debo tener a la noble huérfana, cuyo padre fué tan bueno para mí? Por eso yo tengo el inexcusable deber de velar por ella, aunque desde lejos; pero siempre avizor y alerta.

—¿Y podremos salvarla?

—¡Quién lo sabe!...

—¿Y usted me ayudará siempre?

—Siempre.

—Gracias, Pedro Antón.

—Apresure usted su boda con la niña por si acaso el matrimonio puede curarla.

Se separaron como si fuesen her-

manos. Estaba de Dios que Alberto hallara en aquellas regiones lo extraordinario y novelesco como nunca los pudo ver.

## VIII

Descender a lo prosaico del matrimonio desde las regiones del más elevado romanticismo, era una cosa absurda para el pobre Alberto; pero él lo tomaba como un sacrificio al que tenía que someterse por amor a la adorada Berta que no decía nada, ni exigía nada, limitándose a entregar su alma, sin condiciones, con la misma espontaneidad y la misma gracia con que la flor da sus perfumes y sus aromas.

Ya estaba mejor. Su enfermedad fué cosa de breves días y en seguida recuperó sus entusiasmos y sus fuerzas, alentada quizá por las energías de su cariño e ilusión.

Eran novios y estaban considerados como tales por todos los del lugar, que les veían constantemente juntos y como si sus existencias no tuvieran otro fin que el de correr unidas sin que nada interrumpiese su amor. Arroyos cuyas aguas se confundían, eran sus vidas que iban a dar su tributo al gran mar de la Humanidad. ¡Hermoso destino el de aquellas almas afines, hermanadas por el amor y la suerte!

Alberto hacíase grandes proyectos para el porvenir. Deseaba trabajar,

poner en orden sus asuntos y reanudar sus costumbres abandonadas en mala hora. Quería ofrecer a su Berta una vida tranquila y satisfactoria y deseaba todo el triunfo del mundo para coronar con su diadema la blanca y tranquila frente de la muchacha.

Para este objeto necesitaba volver a Madrid, palenque de tal esfuerzo. Así lo convinieron entre juramentos, frases de ternura, promesas, caricias y muchas lágrimas. ¡Aquella separación era tan dolorosa!...

—No te detengas por mí — le dijo B e r t a—. Demasiado reconozco mis deberes y es la voz del mío aconsejarte que no abandones tu obra. Sigue adelante en ella, para que nunca puedas decir que una lugareña te apartó de tu camino de gloria.

—Es que mi gloria eres tú.

—Mejor entonces.

—¿Es que lo dudas?

—Si lo dudara me moriría. Vivo para tu cariño de tal modo que si éste me faltara era mi vida la que acabaría con él. Tengo esperanza en tu bondad y abrigo tanta fe en tus sentimientos que creo firmemente que nunca me dejarás. Novia buena, *novia blanca*, como tú me has dicho que

soy, debo ser *blanca*, y debo ser buena con esta separación que es tanto más honda y firme cuanto mayores sean mis sufrimientos por tu ausencia.

—Berta...

—Te esperaré; te esperaré siempre. De donde quiera que vuelvas me encontrarás esperándote, consagrada a ti, pues tuya soy. Así debe pensar la *hija de la nieve* — son palabras tuyas—; esta pobre huérfana, que no lo es tanto desde el momento que tiene fe en tus promesas y en tu cariño.

Estaba admirable con su valor y estoicismo. Se la veía morir y, sin embargo, ella pugnaba por aparecer serena, Contemplándola allí, a plena luz, era cuando se notaban los estragos que su enfermedad había producido en ella.

¿Que cómo contrajo aquella inesperada y mortal dolencia? Nadie lo sabía, ni nadie podría explicárselo, incluso el médico del lugar, que lo atribuyó a una funesta herencia de alguien que a través de los años transmitía la muerte a una juventud candorosa y amable. ¡Horrible mano aquella que surgía del pasado blandiendo la guadaña exterminadora y cruel!... Fuese lo que fuese, la cuestión es que Berta, que nunca se había quejado de nada, apareció un día con un pertinaz catarro que al curarse dejó en ella la espantosa tuberculosis. Y no había que dudarle. Ni cabía la menor sombra de equivocación en el diagnóstico y tal vez en el pronóstico. Por esto fué por lo que el cazador de lobos se avino a humillarse y a pedir a Alberto que se casase con la predestinada Berta. Enterado de la ver-

dad por el mismo médico, creyó su deber suplicar al amante que pusiese todos los medios para salvar a la infeliz.

¿Conocía ésta su verdadero estado? Seguramente lo sospechaba, por más que procuraba consolarse de su destino.

Alberto, enternecido, la escuchaba aquella tarde, oyéndola con aflicción y terrible angustia.

Aquellos juramentos de esperarle siempre le destrozaban el alma; pero como en el corazón humano siempre alienta la esperanza, él confiaba en algo equivalente a un milagro. Y cogidas sus manos y bañándolas con sus lágrimas que, aunque brotaban de la emoción que sentía al ver a la desventurada, él atribuía a la despedida; cogidas sus manos, la dijo:

—Berta; Berta mía. Espérame siempre. Volveré tan pronto que tú misma extrañarás mi rápido regreso. Esto lo juro por algo tan santo como nuestro amor, emblema divino que debemos llevar a todas horas para fortalecernos e inspirarnos.

No podía resistir más la *novia blanca* y, prorrumpiendo en sollozos, dijo:

—Madrid, Madrid... Sin saber por qué tengo miedo al pensar en la vida de aquella gran población, donde tal vez me olvides.

—No.

—Sin darte cuenta quizá y sin quererlo tú mismo.

—No dudes, Berta.

—Si lo mandas, será así. Si lo ordenas, yo no dudaré, yo no pensaré en nada más que en tu amor imperecedero; pero mándamelo; yo te lo su-

plico, pues necesito creerlo tan a ciegas que no quepa en mi ánimo la más insignificante duda...

Triste fué el retorno al vecino pueblo. Silenciosos y abrazados cruzaron

aquellos campos, teñidos a lo lejos con las suaves tintas del crepúsculo vespertino, que anunciador de la noche iba cubriendo de indecisas sombras todo el paisaje...

## IX

Llegó el momento fatal y Alberto dejó el pueblo. Acompañándole hasta muy lejos fué el cazador de lobos, que dándole un abrazo se despidió también, viéndole a distancia a medida que el viajero desaparecía introduciéndose en el camino que a la ciudad llevaba. Después el mundo se cerró sobre los que allí permanecían, y se cerró como un mar cuyas olas cubrieran algo que cayó a su fondo.

Mientras, Alberto seguía su ruta y a Madrid se fué y a Madrid llegó, instalándose en seguida en casa de un amigo suyo, célebre pintor, cuyo estudio sirvió de albergue a los dos.

Fueron los primeros días de aburrimiento y tristeza. La melancolía de la ausencia lo tenía sumido en ese dolor letárgico y adormecedor que se apodera de todos los que sufren o experimentan una grave crisis moral.

Pero luego, los amigos, los compañeros, el estímulo que el ejemplo siempre produce en nosotros, sacudieron la sensibilidad de Alberto despertándole a la vida. Era preciso luchar. Tenía que preparar una Exposición y a ello se entregó con energía, viviendo para su trabajo y para el recuerdo. Influidó por éste modeló un precioso

busto que era la propia Berta, aunque sin el alma de aquella niña buena, que todos los días escribía al ausente, que la contestaba a la vez alentándola y sosteniéndola con sus palabras de amor.

Cada uno vivía pendiente del otro, confiado y cariñoso. El mundo apenas les importaba. ¡Se querían con tanta ilusión y tanta fe!...

La primera noche que fué a *Fornos*, al nuevo *Fornos*, al de ahora, al *Fornos* galante de nuestros días, la primera noche que fué, sorprendióse Alberto de ver a los mismos de siempre. Nada había cambiado allí. Los mismos camareros le saludaron con las frases de otros tiempos y le dirigieron idénticas preguntas, ofreciéndole las bebidas que él acostumbraba a consumir. Le acompañaba su amigo el pintor y habían ido a ver a una muchacha que necesitaba Alberto para que le sirviera de modelo para un proyecto de monumento.

La atmósfera del *cabaret* sumióle pronto en uno de esos sueños apacibles en que descansa el espíritu para salir quizá con nuevos entusiasmos hacia el vicio o hacia la virtud. ¡Todo

era allí tan agradable, seductor y artístico!... La música, las canciones entonadas a media voz, las mujeres que sonreían o bailaban... ¡ Ah! Y de pronto vió ante sí a su antigua amada, a la mujer veleidosa e inconstante que llenó su vida de dolores e inquietudes; pero que llegando a él le sonreía tendiéndole su mano en un ademán de súplica o de cariño.

Y era la misma, con su carita de niña y con sus ojos azules, con su belleza delicada y transparente como las aguas de un lago y con todo su aspecto de niña deliciosamente bella y deliciosamente peligrosa.

¡ Beber! ¡ Beber más!... Se sentó a su lado. Hablaron poco. Alberto ni siquiera la preguntó por nada de lo pasado. Pero ella quiso explicarse. Y entre copa y copa y cigarrillo y cigarrillo, le habló felina y mimosa...

Seguía la música; la atmósfera, cada vez más angustiosamente agradable, y mientras que alguien cantaba con toda la tristeza de su alma aquello de

“Estercita

Hoy te llaman Milonguita...”

mientras una voz profundamente dolorida y angustiada cantaba, como si llorase, esta canción, la mujer pérfida, la mujer fatal contó su historia al pobre escultor, que, pensativo, la escuchaba, sin oírla, atento solamente a una voz interior que le contaba otra historia hablándole de cosas que allí se desvanecían como si fuesen humo; humo del mundo, humo de la virtud, humo del honor y de la honradez, humo que volaba, y que volaba hacia el olvido o hacia el desdén...

## X

—¿ No escribes hoy? — le dijo el pintor.

—No sé qué decir.

—¿ Ni ayer tampoco?

—Tampoco.

—Considera, amigo Alberto, que, como héroe de novela, estás quedando muy mal.

—No sé lo que me sucede, ni a qué atribuir esta pereza que me invade. Es mejor que ponga un telegrama a Almenara. ¿ No te parece?

—Por mí, haz lo que te plazca. ¿ Y tu...?

—¿ Eulalia?

—Sí; tu antigua novia, la de Fornos, ¿ vendrá hoy?

—No lo sé.

—¡ Cuidado que da vueltas el mundo!

—No; el mundo, no; nosotros. El mundo hemos quedado en que es un pañuelo.

—Pero a veces de *jelpa*, por las palizas que da.

El pintor decía estas cosas porque estaba furioso a consecuencia de no se sabe qué historias.

—No gastes bromas.

—No creas, como la masa vulgar, desdichado Alberto; no creas, como la masa ciega, de que las bromas son propias del buen humor.

—Lo que quieras.

—Te hablo de la masa, aunque comprendo que no está el horno para bollos; te hablo de la masa, porque ya estoy harto de esta vida y estas costumbres, que hacen que artistas como nosotros no vivamos con el esplendor debido.

—¿Cómo?

—Perdona. He dicho un disparate. Precisamente con lo que vivimos es *con el debido*.

—Bueno. Quédate con Dios. Te dejo en paz con tus agudezas y reflexiones.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Adónde, si es que se puede saber?

—Psh...

—Esa es la respuesta que dan los que marchan directamente a cualquier sitio. Pero no quiero interrumpirte. Ve.

—No tengo plan todavía.

—Deja *el plan* para los postres.

—Adiós.

—Adiós.

Necesitaba pasear, aturdirse, echar fuera de sí la pesadumbre que le angustiaba, y no eran más que los remordimientos de vivir como vivía y, sobre todo, de olvidar como olvidaba...

Pero el carácter de aquellos que no lo tienen es hacer siempre lo que no quieren hacer. Y esto le sucedió al irresoluto Alberto, que volvió a Fornos, como todos los días, para saturarse de la mala vida enfermiza y destructora...

Entretanto allí, en el pueblo, en aquel rincón del mundo, donde llegaba el murmullo del mundo como un rumor apagado; allá, alguien, que vivía para el culto de su corazón, esperaba todas las tardes noticias del olvidadizo.

Así la sorprendía el toque de oración, el hermoso toque de Angelus, que era la hora que llegaba el cartero, que siempre iba sin carta.

Y todas las tardes se oía la misma voz desesperada y doliente que decía con amargura:

—*Edipo, Edipo*. Nos olvidaron.

## XI

No pudo ser feliz Alberto; galvanizado su antiguo amor, crepitó un momento; pero al punto se extinguió. No duró ni una semana, que fué la suficiente para dejar más dolorido el corazón del hombre, que, al querer

enmendar su yerro y remediar la injusticia cometida con la noble Berta, apenas si tuvo alientos.

Y como si fuera expiación de su delito, también a él empezaron a escasearle las cartas, que hasta entonces

recibía diariamente, de la pobre huérfana de Almenara.

No sabiendo a qué atribuir aquel silencio, temblaba, lleno de espanto y presentimientos, deseoso de que sus temores y prevenciones no se confirmasen nunca.

Si había faltado, como nadie podía dudar; si había faltado, allí estaba todo su dolor para que le perdonasen. Pero, ¡ay!, ya no era posible. El mal estaba hecho y ejecutado, sin que cupiese ni la más remota esperanza de aliviarlo.

En ocasiones quería abandonar, dejar todo y volver presurosamente al remoto pueblo; pero nunca se decidía.

Así las cosas, una tarde, que trabajaba febrilmente, le anunciaron una visita. Recibióla al punto, y creyó morir al ver ante sus ojos a Pedro Antón, al indómito cazador de lobos, al hombre de la montaña, que descendía a la ciudad tan inesperadamente.

Le ofreció una silla; pero el cazador no quiso aceptarla. No quería ni descansar.

Asombrado le contemplaba el pobre Alberto y aterrado le oyó decir:

—Vengo a recordarle su palabra. Berta se muere. Yo sé que ha sido usted el causante de lo que la ocurre; pero todavía *no le ha llegado su hora*. Vengo a decírselo, por si es que hay tiempo. Pero sepa usted que si la muchacha pierde la vida por culpa de lo que ha sufrido con la conducta de usted, sepa usted que yo, Pedro Antón, juro exterminarlo como a una fiera...

Solemnemente se retiró, dejando al pobre Alberto entregado a los más

atroces remordimientos. Toda la vileza de su olvido se le revelaba súbita y horriblemente. ¡Era un criminal, era un malhechor, era una almaña social, peor que las que mataba el noble y justo cazador de lobos!

Con el remordimiento le llegó el propósito de reparar su falta y acudir en auxilio de su víctima.

Rápidamente hizo los preparativos de marcha, y rápidamente dejó Madrid y se dirigió a Almenara, donde llegó después de tres días de infernal viaje.

A quien primero vió en el pueblo fué al párroco del lugar. Dolorido y contrito, se arrojó en sus brazos. El buen sacerdote, viéndole tan apesadumbrado, quiso consolarle, y tampoco pudo...

¡Berta se moría!

Fué su entrevista trágica y conmovedora. Sin un reproche y sin una queja recibióle la muchacha.

—Sabía que vendrías — le dijo al verle—, y por eso te he esperado. Esclava de mi palabra, no dudarás de que la cumplo. Aquí me tienes como fui siempre. No vacilé en prometerle que te aguardaría y tampoco vacilo ahora al decirte que llegó la hora de nuestra absoluta separación.

—¡Berta!—gimió el pobre Alberto.

—Nada te pido, sino que me recuerdes con piedad y ternura. La Providencia dispone de nuestros destinos, y debemos resignarnos.

Las palabras de la noble huérfana eran de una desgarradora emoción. Oyéndolas sentía Alberto que se le

desgarraba el alma. La seguridad que abrigaba de que él era el causante de aquella muerte le afligía de tal manera que a sí mismo se consideraba como un malchechor. ¡Tanto luchar en el mundo para tener un amor absoluto y puro y desdenarlo cuando lo halló!... Seguramente él, como todos los hombres, era suicida, cobarde y estaba ciego voluntariamente para no ver la felicidad que tan cerca tuvo.

Aunque Berta no le decía nada alusivo a su esquizencia y a la ingratitud que le hizo olvidarla y desdenar a la desgraciada, comprendió Alberto la siniestra realidad. El amor malo había vencido en él al amor bueno, y el vicio a la virtud. Y cuando, arrepentido, quería enmendar el terrible y funesto error de sus sentidos y su corazón, se hallaba con lo inesperado, con lo inevitable: con la muerte...

.....  
Campanas de Almenara, limpias y vibrantes campanas: ¡cómo sonasteis despidiendo a un alma que salió del cautiverio para elevarse a los cielos!... Allá la acompañaron oraciones y lamentos que la despedían entre lágrimas y gemidos...

Berta dejó de existir, tras una dulce agonía, como esos pajaritos que

mueren de frío y de miedo. Flor de la nieve, caía sobre la nieve de sus tristezas con lánguida y mortal desmayo. Y sepultada entre flores en el humilde Campo Santo del lugar, dormía el sueño de los buenos, arrullada por las auras... Murió de amor, sacrificada a un sueño que duró un instante...

Pasados los primeros días, Alberto pensó en volver a Madrid. ¿Qué hacer en aquel rincón del mundo donde su historia se interrumpía con aquella tragedia tan espantosa?... A Madrid volvería, héroe de una novela que empezó como empiezan todas y acabó de aquella triste manera...

Eigió la noche para emprender su retirada. Huía furtivamente, llevando en su corazón aquella pena que lo mataba. Artista siempre, quería convertir toda su tristeza en fuente de inspiración... Una de las veces, cuando más absorto iba en sus pensamientos, creyó escuchar el rumor de una escopeta que alguien montaba.

Era el cazador de lobos que lo acechaba, y lo habría matado seguramente a no pensar que no existe mayor castigo que una vida envenenada por los recuerdos. A una vida así lo condenaba con la terrible frialdad del que toma una espantosa y atroz venganza...

*Juan López Niñez*

# Puede ser vencida INTEGRALMENTE su enfermedad de ESTOMAGO-HIGADO O INTESTINOS

NEUTRÁCIDO

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL realizará de modo permanente su ansiada curación, O CONTIENE los nocivos Bicarbonatos, Bismutos, Magnesias ni Calmantes.

ES UN REMEDIO seriamente científico que a diario realiza prodigios curativos. ES FORMULADO por la clase médica que testifica y garantiza sus méritos.

CONQUISTÓ EN EL MUNDO por su eficacia y original composición (azufre, calcio y carbono coloidales).

UN SOLO FRASCO determina, muchas veces, curaciones extraordinarias.

TIENE el mérito excepcional de curar así el exceso como la falta de ácidos.

REGENERA el poder digestivo en absoluto permitiendo en breve plazo comer de todo.

REGULA el funcionalismo intestinal suprimiendo prontamente el estreñimiento.

SEGURA durante el tratamiento la posibilidad de suprimir el régimen lacteo.

CONQUISTÓ un gran premio del Jurado Médico de la Exposición de Higiene de 1919.

APARECE en absoluto de sabor y es completamente inofensivo.

ES INCOMPARABLEMENTE más barato que otros productos análogos porque REFINDE a todo el aparato digestivo plena salud con breve tratamiento.

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivo interés a los más notables Profesores de la facultad de Berlín el uso y estudio clínico del Neutrácido Español.

PRUEBA V. acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento digestivo por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

## ESPAÑOL

Solicite usted del concesionario exclusivo, D. José Marín Galán, Arjona, 4 Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.

B. Dip. Almería

AL-821-LOP-toq



1023027



# ALMORRANAS

internas o externas, grietas, etc. Curación radical infallible con

## POMADA ANEMA-SMITH

¡Último adelanto de la ciencia médica! ¡Millares de curaciones!

¡Basta un solo tubo. No lo dude usted, 5 pesetas caja. Centros de Específicos. Farmacias. MADRID, Gayoso; E. Durán. BARCELONA, Segalá; Alsina. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. MURCIA, Seiquer. GRANADA, Ocaña. VIGO, Carrascal. BILBAO, Barandiarán. MALLORCA, "Centro Farmacéutico". HABANA, Sarrá. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. MANAGUA, Guerrero. CARACAS, Daboín. MANILA, Gaspar, Calle Mendoza, 150. PUERTO RICO, José Combas Peyork. Para convencimientos éxitos remite muestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona. Remítase caja certificada contra pesetas 5,50.

## PECHOS PILDORAS CIRCASIANAS, Doctor Brun.

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

32 años de éxito mundial es el mejor remedio! 8 pesetas frasco. Madrid, Gayoso; Valencia, Cuesta; Zaragoza, Jordán; Murcia, Seiquer; Habana, Sarrá; Caracas, Daboín; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo; Puerto Rico, Combas Peyork. —Mandando 6'50 ptas. sellos a Pousarxer, Villadomat, 104, Apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado.

DESCONFIAD DE IMITACIONES



## MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación, participa al público haber recibido nuevos de Rönisch, de Alemania y otras marcas extranjeras en autopianos.

Calle de S. Bernardino, 3  
MADRID

## LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



### ¿TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas  
Y siente mareos, vértigos, ardores  
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del DIGESTIVO *gost* EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY

contra todas las enfermedades del estómago.

## DIGESTIVO

# gost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello . . . 0,30  
12 sellos . . . 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

# "METAL"

112 WATT

## Gas ARGON

Lámparas de 25 y 32 bujías

y

todas intensidades. 1 watio y 112 watio

PROBADLAS si es que no lás  
usáis ya. Las preferiréis a todas  
las extranjeras y nacionales, Pe-  
didlas en todas partes

**y Puerta del Sol, 1.**

